

gozó de paz la Iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron en España los Godos, se tuvieron sus reliquias en grande veneracion en la capilla subterránea, llamada de las Santas Masas, sobre la cual edificó san Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de santa Engracia en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupcion de los Arabes en España, en la que, temerosos los fieles de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultáron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incógnito cerca de siete siglos hasta el año de 1389, en el que con motivo de la reedificacion de aquel templo, se halló en la excavacion de los cimientos un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripcion de santa Engracia, y otro con la de san Luperio. En otro sepulcro de mármol se hallaron las cabezas y huesos de los diez y ocho compañeros de la santa, cuyos huesos se vieron integros y de color de rosa, despidiendo un fragrantísimo olor.

En el año 1459, habiendo conseguido don Juan II, rey de Aragon y Navarra, la recuperacion de la vista, casi perdida, por la intercesion de la santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido por este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos jerónimos, á quienes se diese su iglesia, para que en ella se interesasen en su mayor culto; pero no pudiendo ejecutarlo por sí á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo edificó su hijo Don Fernando el Católico, y le dotó con magnificencia su biznieto Carlos V el Emperador.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Corinto, el tránsito de los santos mártires Calixto, Caricio y otros siete, que fueron anegados en el mar.

En Zaragoza en España, diez y ocho santos mártires, Optato, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio y otros cuatro llamados Saturninos. Todos estos santos fueron juntamente atormentados y sufrieron muerte en tiempo de Daciano, gobernador de España, cuyo glorioso triunfo cantó elegantemente en verso el poeta Prudencio.

Allí mismo, santa Engracia, virgen y mártir, la cual, despues de haberle desgarrado el cuerpo, cortado un pecho, y arrancado el hígado, permaneciendo aun viva, fué encerrada en un calabozo hasta que su cuerpo llagado se acabase de pudrir.

En la misma ciudad, los santos Cayo y Cremencio, que perseverando firmes en la fe que habian confesado dos veces, merecieron participar del cáliz de Jesucristo.

Allí mismo tambien, san Lamberto, mártir.

En Palencia, sauto Toribio, obispo de Astorga, el cual, habiendo con ayuda del papa san Leon desterrado enteramente de España la herejia de Prisciliano, esclarecido en milagros descansó en paz.

En Braga en Portugal, san Fructuoso obispo.

El mismo día, San Paterno, obispo de Abranches.

En Bélgica, cerca de Valenciennes, san Druon confesor.

En Sena en Toscana, el bienaventurado Joaquin, del orden de Servitas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Turibii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè

Oid, Señor, las súplicas que os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio, y por los méritos é intercesion del

meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum... que tan dignamente mereció serviros, concedednos el perdón de nuestros pecados. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia XI, pág. 252.

REFLEXIONES.

He aquí un sacerdote grande, que en su tiempo agradó á Dios, y fué encontrado justo. Estas palabras convienen perfectamente á santo Toribio, y pueden hacer alusion al grande prodigio con que le libró Dios de una negra y torpe calumnia. Fué acusado de haber cometido un adulterio, estando ya exaltado á la dignidad episcopal. Sus obras eran agradables á Dios, y mucho mas sus encendidos deseos. Vió el Señor atribulado á su siervo, y segun aquella palabra con que prometió que el justo, *á manera del árbol que está plantado junto al paso de las aguas, no perderia jamás su verdor y lozania, ni podrian dañarle las astucias de los impios* (1), hizo que el milagro de llevar las brasas en los sagrados vestidos sin quemarse, diese testimonio de la inocencia del santo.

Entre todas las tribulaciones que pueden acontecer á un hombre bueno, con dificultad se puede dar otra mas sensible ni mas amarga que una calumnia, y mas si lleva consigo algo de fealdad y de torpeza. Crece la gravedad cuando el sugeto calumniado debe por su dignidad y carácter resplandecer con el ejemplo, y ser á los demás como un modelo de todas las virtudes. Un juez, un magistrado sentirán grande amargura cuando tengan que sufrir una calumnia; pero es difícil que iguale al dolor de un obispo, que debe repre-

(1) Ps. 1.

sentar á Jesucristo en las obras, como le representa en la autoridad. ¡Qué contraste harán en su conciencia la evidencia de ser inocente, y la injusticia de verse acusado! ¡qué bechorno no encenderá en su rostro la memoria de un supuesto delito, en la realidad falso, pero en la estimacion del pueblo á lo menos dudoso!

He aquí un sacerdote grande en quien se hizo esta durisima prueba, y fué encontrado justo. He aquí un sacerdote, he aquí santo Toribio, en quien compitieron la calumnia por una parte, y por otra el cuidado que Dios tiene del honor de sus siervos. *De vuestra cabeza no perecerá ni un cabello*, les tiene dicho. Pon en mi tu confianza, y no temas á tus enemigos, les dice otra vez. Pero los hombres entienden mal los preceptos de la moderacion y paciencia cristiana: una calumnia suelen vengarla con otra; á una ofensa meditan por lo regular una venganza. ¿Y qué sacan de esto? perder el mérito, llenar su corazon de inquietudes y desvelos, añadir tal vez nuevo deshonor al ya padecido, y dar nuevas armas á sus contrarios. Dios, Dios es á quien pertenece únicamente el oficio de vengador. Solo Dios puede conocer los corazones, y de consiguiente solo él es capaz de arreglar el castigo con proporcion á la ofensa. El amor propio nos engaña fácilmente, abulta las ofensas que se nos hacen, y excita á tomar una venganza superior á la injuria, faltando así no solo á los deberes de la caridad, sino á las leyes de la justicia.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia 1, pag. 35.

MEDITACION.

DEL ESPÍRITU CON QUE SE HAN DE SUFRIR LOS HOMBRES
MALOS EN ESTE MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los malos viven en este mundo bajo las órdenes y disposiciones de la divina Providencia, la cual en todas ellas es justísima é infalible. De consiguiente, la existencia de los malos, aunque mortifique á los buenos, necesariamente ha de tener un fin ordenado y provechoso. *El malo*, dice el gran padre san Agustín (1), *vive para uno de dos fines, ó para que se corrija ó para que sirva á ejercitar la paciencia de los buenos*. He aquí el espíritu con que quiere Dios que se sufran los malos en este mundo: con espíritu de paciencia, sufriendo sus defectos, compadeciéndose de sus delitos, y haciendo oración á Dios para que se apiade de ellos y los convierta.

El amor propio es sumamente sutil y delicado en todas sus operaciones, y suele muchas veces apoderarse del corazón de los buenos con la máscara de piedad. ¿No sería mejor que no existiera aquel escandaloso que es causa á los demás de espiritual ruina? Un castigo ejemplar con que vengase el cielo los ultrajes y persecuciones de la virtud, ¿no daría á estas mas estimación, y afirmaría su solio contra todas las maquinaciones del abismo? Aquel hereje, aquel impío que profana con obras y palabras lo mas augusto del santuario y de la religion, ¿no sería justo que repentinamente quedase hecho objeto de escarmiento en donde aprendiesen los demás á temer las divinas venganzas? A lo menos se lograría con su destruccion el

(1) Ps 54.

que no contaminase á otros muchos. En estas y otras semejantes expresiones prorrumpe el corazón cuando no está muy radicado en la virtud, ni ha considerado la distancia que hay de los juicios humanos á la alteza inescrutable de los consejos divinos.

Yo soy, dice el Señor por su profeta (1), *el que juzgo entre oveja y oveja, y entre estas y los cabritos*. A su infinita justicia ha reservado la acción de separarlos, colocando los unos á la derecha, y los otros á la izquierda como réprobos destinados á arder en los abismos por toda la eternidad. « Ten paciencia con los malos, dice el gran padre san Agustín explicando la parábola de la zizana (2); súfrellos, que para eso has nacido, y tal vez ha habido tiempo en que tú también has sido tolerado como malo. Si siempre fuiste bueno, ten misericordia de los demás; y si alguna vez no lo fuiste, no te olvides de tu antiguo estado. Dios exige de nosotros en esta vida paciencia y conmiseración de nuestros hermanos; y para persuadirnos se nos propone á sí mismo por ejemplo, diciendo: ¿Por ventura, si yo quisiera ejercer ahora mi justicia, sería posible que juzgase inicuaamente, ó que me engañase en la sentencia? Pues si yo, que siempre juzgo con rectitud, difiero mi juicio, que es inefable; ¿cómo tú, que ignoras de qué manera serás juzgado, te atreves á adelantar tu juicio para condenar á tu hermano? » Nada puede templar tanto el ardor de la humana soberbia, como la consideración de los propios defectos. El que no los halla en sí mismo, puede desconfiar de la basa que sostiene el edificio de la virtud, que es la humildad. Y el que se reconoce culpado, ¿cómo se atreve á juzgar á su prójimo?

(1) Ezech. 34. — (2) Serm. 47.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que además del espíritu de paciencia con que quiere Dios que suframos á los malos, debemos tener presente un precepto del Evangelio que mira á nuestra propia santificación, y al provecho de nuestro prójimo. « Si no hubiera malos por quienes hubiésemos de dirigir al cielo nuestras oraciones, dice san Agustín (1), ¿cuándo se nos diría : *Orad por vuestros enemigos?* (2). ¿Querriamos por ventura que fuesen enemigos nuestros los buenos? ¿cómo podía ser eso? Al bueno no le puedes tener por enemigo, no siendo tú malo; porque siendo bueno, solamente el injusto podrá ser tu enemigo. Luego cuando se nos dice : *orad por vuestros enemigos*, es lo mismo que decir : *los que sois buenos, orad por los que no lo son.* »

Uno de los mas altos ejercicios que tiene la caridad es el de la oracion por los malos. A un mismo tiempo santifica al que se emplea en este santo ejercicio, y logra tal vez del cielo una gracia tan abundante y poderosa, que rompe las cadenas que delien en la iniquidad al miserable pecador. *Amad á vuestros enemigos*, decia el Señor (3), *haced bien á aquellos que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.* Amar á los malos, y mas si son enemigos nuestros, es efecto de una caridad verdadera; hacerles bien, es una prueba de este amor, pero tambien puede tener parte en ello la vanidad : mas orar por nuestros enemigos, no puede ser sino un efecto de la mas pura y perfecta caridad. Pues no nos contentemos con la medianía en una virtud que es de suyo tan sublime. Amemos á nuestros enemigos, hagámosles bien, oremos por ellos.

Aun hay mas en esto : aquel hombre malo, aquel calumniador, aquel falsario es hermano nuestro, es

(1) Sermon. 15. — (2) Mat. 5. — (3) Ibid.

redimido con la sangre de Jesucristo; y no deja de serlo porque dirija contra nuestra persona ó nuestros intereses sus asechanzas. Contemplemos que la caridad en todo lugar, en todas circunstancias nos obliga y nos estrecha; que nuestras oraciones, ejercicio de esta caridad, son acaso el último asidero que tiene aquel desventurado pecador para lograr la divina misericordia. Dificultosamente se puede traer el entendimiento ocupado con estas ideas tan verdaderas y cristianas, sin que el corazón temple los movimientos primeros que excitan la enemistad, la persecucion, la injusticia, ó cualquier otro mal, sea de la especie que se quiera. ¿Harás mas caso de los gritos de tu amor propio que de los que te da tu misma conciencia? ¿Mirarás todavía con ese tedio, con esa aversion, con ese horror á aquella persona frágil, cuyas acciones no convienen con las tuyas? ¿No será justo que des lugar á la reflexion, para no quebrantar un precepto de tu legislador Jesucristo? ¿Cuántas veces por miras de ambicion, ó por respeto á algun poderoso, te vences y tratas con afabilidad y agrado á muchas personas que te inspiran repugnancia? Pues ¿porqué no has de hacer algunos de estos sacrificios al respeto de tu Dios amando á tus enemigos?

JACULATORIAS.

Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras.
Salm. 16.

Por cumplir, Dios mio, vuestra santa ley, y por la esperanza de vuestras promesas, sufrí con paciencia los duros procedimientos de los hombres malos.

Perfice gressus meos in semitis tuis. Salm. 16.

Dirigid mis pasos, Señor, por vuestros rectos caminos, y llevad á perfeccion las obras, que son inspiracion vuestra.

PROPOSITOS.

1. Sufriré con paciencia á los malos cuantas vejaciones maquine contra mí su malicia; y muy lejos de indignarme contra ellos, ó de procurar su ruina, pediré á Dios que se apiade de su desventura, que los llene de luz para que conozcan el mal y lo aborrezcan, y perciban la hermosura de la virtud y la abracen. La oracion, pasto del alma cristiana, y medio por donde el hombre llega á su Criador, endulzará la amargura y hiel de las persecuciones, y será el medio con que, á imitacion de mi Dios, pague á mis enemigos con beneficios los males que quisieren hacerme. ¿Qué fruto podria sacar de la venganza? ¿desharia esta acaso la calumnia? Si mi honor ha padecido ya entre las gentes alguna lesion, ¿serán tan necios los hombres que me crean inocente porque he tomado venganza de mi enemigo?

Jesucristo, el Hijo de Dios eterno, que se vistió de nuestra carne para darnos ejemplo y dejarnos señaladas las huellas por donde guiemos nuestros pasos á la bienaventuranza, este Señor es el modelo que debe proponerse todo cristiano cuando se vea calumniado ó perseguido. Mire con atencion sus procedimientos; examine sus obras y sus palabras; contémplesle en todos los momentos de su vida, y hallará un poderoso motivo de acallar los resentimientos del amor propio. ¿Podrás tú acaso presentar tantas persecuciones como el Hijo de Dios? ¿se habrán dicho contra tí tantas calumnias, tantos falsos testimonios? ¿Querrás comparar tu inocencia con la inocencia de tu Salvador? ¿Podrás gloriarte de haber hecho á tus enemigos tantos beneficios y gracias como aquel que ofreció por ellos hasta el sacrificio de su vida?

No hay temeridad en el mundo capaz de resistir á

semejantes reflexiones. La fuerza con que estímulo é intima la caridad sus obligaciones, vigoriza toda la consideracion que acabas de hacer. Los ejemplos de tantos justos que han trillado antes que tú este camino, y señaladamente el del santo de este dia, desvanecen cuantos obstáculos y excusas pudieran alegar la tibieza, la irresolucion y el amor propio. Aquel que te precedió, imitó á su maestro, que lo es tambien tuyo, Jesucristo. La gracia que este Señor le granjeó con sus méritos infinitos, le hizo capaz de obras tan sobrenaturales. La misma gracia tendrás tú siempre que por tu parte quieras sujetarte á sus influjos, y oir sus dulcissimas inspiraciones. Luego nada hay que pueda retraerte de la ejecucion, sino tu misma malicia. Luego serás responsable, no solo de la infraccion de los divinos preceptos, sino de estas reconvenciones. ¡Oh, y qué cargo tan duro!

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR.

San Aniceto, duodécimo papa despues de san Pedro, fué originario de Siria. Nació hácia el fin del primer siglo; y la grande reputacion que ya tenia en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fué hombre de superior genio, de extraordinaria grandeza de alma, de tanto teson y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros, y de zelo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fué constante y universalmente tenido por azote de los herejes. Era venerado por uno de los mas sabios y mas santos presbiteros de la iglesia de Roma,